

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1629 MONTERREY, MEXICO

## XII

### Acusación y libertad

Dos días después de la fiesta, se celebraba gran reunión en el fuerte de Narín-Cale, situado no lejos de la casa del gobernador.

Los núqeres, armados, tenían de la brida los caballos de sus amos; en los patios, arrimada á la fuente y en las escaleras había una gran multitud, y el salón estaba lleno de visitantes, que constituían la flor y nata de la ciudad. Á la puerta de entrada se veía al intérprete del gobernador, el cual intérprete estaba refiriendo algo extraordinario, á colegir por la atención con que le escuchaban sus oyentes y por las preguntas que éstos le dirigían. En los demás sitios donde se hablaba, hacíanlo en voz baja, y de modo unos y otros, que era fácil adivinar que estaba acaeciendo algo singular é inusitado, y aun que ya había acaecido.

—Sí, decía el intérprete, ahí ni más ni menos cómo ocurrieron los hechos. Los bandidos abrieron un boquete en la pared y se introdujeron en el aposento de Solimán-Beg, el cual no despertó sino cuando uno de los bandidos se llevaba las armas que éste tenía colgadas encima de su cama. Solimán sacó entonces de debajo de la almohada una pistola é hizo fuego, aunque sin herir á nadie. Mientras, otros dos ó tres salteadores agárrotaban en la pieza contigua á la esposa de Solimán; los cuales salteadores corrieron al ruido del disparo para auxiliar á los dos compañeros suyos que se encontraban en el cuarto de aquél. No obstante no permitir la obscuridad apuntar sobre blanco alguno, Solimán hirió á tres ó cuatro bandidos; pero por fin cayó muerto á puñaladas. El pistoletazo y los gritos de Solimán y de su mujer despertaron á los vecinos; mas ínterin éstos se vestían, encendían las linternas y se encaminaban á la casa asaltada, los bandidos habían reventado y vaciado los cofres y puesto pies en polvorosa sin que nadie pudiese verles y, por lo tanto, conocer uno solo.

—¿Luego no ha sido detenido ninguno de esos malvados.

—Ninguno. Con todo, se presume que la policía ha echado el guante á uno de sus cómplices.

—¿Uno de sus cómplices?

—Sí, estaba apostado de centinela; llevaba enroscada al cuerpo una cuerda, indudablemente para ayudar á sus compañeros á escalar la pared. Al cinto ostentaba una pistola y un puñal; aunque es menester decir que en su calidad de beg estaba autorizado para llevar armas.

—¿Cómo beg! ¡Es posible que un beg sea cómplice de ladrones! exclamaron á una muchas voces.

—¿Y por qué imposible? replicó un mirza (1) pa-

(1) Título persa de nobleza.

seando á su alrededor una mirada burlona. La juventud tábara es muy dada á distinguirse.

—Sí, pero el que cogieron ayer es un beg real y verdadero, perteneciente á una de las más notables familias de Derbend, y todos vosotros vais á admiraros cuando os diga que es Iscánder-Ben-Calfasi-Ogli. Mirad, en este instante mismo el gobernador está leyendo el parte de la policía, y dentro de poco y en cumplimiento de las órdenes transmitidas veréis entrar aquí al presunto reo.

En efecto, la noticia admiró á todos los circunstantes, que no pudieron menos de compadecer al joven. ¿Cómo era posible que un doncel á quien por la ejemplaridad de su conducta se le había elegido para ir á buscar la bola de nieve al Chack-Dague, pudiese ser cómplice de semejantes bandidos?

La entrada del gobernador, que iba de gran uniforme, en el salón, puso fin á las discusiones, y todos guardaron el más profundo silencio.

El mencionado gobernador, hombre que conocía admirablemente el carácter de los asiáticos, era estudiadamente afable, á fin de hacer apreciar más bien su afabilidad, y severo sin ese rigor que emponzoña la justicia, aun cuando realmente es tal.

Todos los presentes saludaron á la primera autoridad de Derbend, apoyando las manos sobre el corazón y luego bajándolas á lo largo del muslo hasta las rodillas.

El gobernador saludó á la concurrencia y habló algunas palabras sobre los asuntos corrientes; luego echó suavemente en cara, á unos, la inexactitud de sus servicios; agradeció á otros el cumplimiento de su deber; estrechó la mano á algunos propietarios de la ciudad — que los hay en todas partes, — y convidó á dos á su mesa para el día siguiente.

Luego dirigióse á todos, y dijo:

—Señores beges, ya sabéis lo que ha pasado durante la última noche, ¿no es así? Me caben razones

para sospechar que lo ocurrido es una empresa de nuestros amigos los montañeses, y no obra de los habitantes de Derbend. Ruégoos, pues, hagáis cuanto esté en vuestra mano para dar alcance á los bandidos y conducirlos á mi presencia. Decid, añadió volviéndose hacia el mirza, ¿el mollah ha interrogado á Iscánder? y en caso afirmativo, ¿qué ha respondido el beg?

—Iscánder ha respondido con naturalidad que era inocente, en cuanto atañe á lo sucedido, como el niño que acaba de nacer. Dice que se proveyó de la cuerda para ir á pasearse por las afueras y subirse por la muralla cuando se le hubiese antojado recogerse, atento que en la ciudad se ahoga. Por lo que respecta á las armas, no ha dado más explicación sino que, siendo como es beg, tenía derecho á llevarlas.

—Singular es el paseo que se hace con una cuerda ceñida á los lomos, dijo el gobernador. Con todo debo confesar que la conducta pasada de Iscánder protesta contra el crimen de que se le acusa. Yo mismo quiero verle é interrogarle; que entre.

Iscánder-Beg, entró con su papac encasquetado, según la costumbre asiática; saludó respetuosamente al gobernador y con altivez á la concurrencia, y aguardó en el sitio que le designaron.

Al notar el joven beg el desapego con que fijara en él los ojos el gobernador, la idea de la sospecha que sobre su honra pesaba le hizo sonrojar; pero su mirada permaneció pura y transparente.

—Nunca hubiera sospechado, Iscánder, le dijo el gobernador, que debiesen traerte á mi presencia como un criminal.

—No el crimen, sino la fatalidad me somete á la justicia, respondió Iscánder.

—¿Sabes las consecuencias del crimen de que se te acusa?

—Únicamente aquí he sabido mi supuesto crimen. Confieso mi imprudencia; las apariencias me conde-

nan, lo conozco; pero Dios sabe que no soy culpado.

—Por desgracia, Iscánder, continuó el gobernador, los hombres deben ceder ante las pruebas visibles, y hasta tanto no quede patente tu inocencia, no te cabe sino permanecer bajo la acción de la justicia. Sin embargo, si alguno de los aquí presentes responde de ti, consiento en dejarte libre.

Iscánder tendió una mirada interrogadora en torno suyo; pero nadie se ofreció á salir fiador de él.

—¡Cómo! dijo el gobernador, ¡ni uno!

—Escoged vos mismo, respondieron los circunstantes saludando.

—Pues bien, yo salgo fiador de él, dijo Hadji Yusuf avanzando.

El gobernador se sonrió, y los visitantes se echaron á reír; pero aquél frunció el ceño, y todos mataron la risa en los labios.

—En verdad me admira, señores, dijo el gobernador, que vosotros que salís fiadores de los hombres más infames de Derbend, de miserables que después que les habéis fiado docenas de veces, han huído á la montaña, vaciléis en salir garantes de un joven á quien hace ocho días le proclamasteis el más puro y honrado de entre vosotros. Su buena fama no le salvará del castigo; al contrario, si resulta culpado sufrirá una pena severa. Pero hasta tanto no se le juzgue, es vuestro compañero, y su vida ejemplar debe ser respetada. Vuelve á tu casa, Iscánder; si no hubiese hallado fiador, yo mismo me hubiera constituido tal.

El gobernador saludó á la reunión y se salió camino de la iglesia.

Iscánder entró en su casa con los ojos anegados en lágrimas de gratitud.

El sol matinal doraba el pórtico de la mezquita de Derbend, y los ancianos se calentaban á sus vivificadores rayos hablando de lo pasado.

Delante de la puerta del patio se veían dos ó tres

pobres en pie; á algunos pasos de éstos un viajero dormía envuelto en su burca, y no lejos del viajero, Mollah-Sedec estaba sentado sobre su alfombra.

El santo varón se disponía á salir de Derbend por la mañana del día siguiente, y echaba mentalmente la cuenta de los beneficios que le produjera su viaje, comiendo, mientras, un como pastel que mojaba en un vaso de leche adobada con ajos. De tiempo en tiempo metía su pluma de caña en un tintero de palo y escribía algunas palabras en un pedacito de papel que tenía á su lado.

Daba gusto ver el apetito con que el santo varón despachaba su almuerzo y la satisfacción con que echaba sus cuentas.

De tal suerte estaba Mollah-Sedec sumergido en este doble goce, que no veía á un pordiosero lesghiano que estaba delante de él pidiéndole un copec de limosna con voz tan plañidera que verdaderamente era un crimen el negárselo.

Mollah-Sedec oyó por fin la especie de letanía que cantaba el infeliz, y levantando la cabeza fijó los ojos en él, mas para volverlos á dirigir casi al punto á sus cuentas.

—Hace tres días que no he comido, señor, dijo el pordiosero tendiendo la mano.

—Diez, veinticinco, cincuenta, ciento, contaba Mollah-Sedec.

—Un copec te salvará la vida y te abrirá las puertas del paraíso.

—Cien, quinientos, mil, continuó aquél.

—Tú que eres mollah, insistió el lesghiano, recuerda lo que dice el Corán: «El deber primordial de todo musulmán, es la caridad.»

Mollah-Sedec perdió la paciencia, y dijo con arrebato:

—Vete al infierno. ¿Acaso Alá inventó la caridad para miserables como tú? En la ciudad podéis comer palos y en los campos hierbas. Cuando la fuerza está

de vuestro lado, robáis, si no, pedís limosna; pero no bien acabáis de recibirla, os burláis del necio que os la ha dado. De mí no conseguirás cosa alguna, pues también soy un pobre viajero, y cuanto poseía me lo ha robado tu ladrón de Mollah-Nur.

El viajero que estaba envuelto en la burca, el cual hasta entonces permaneciera silencioso, se incorporó suavemente, y alisándose la barba con la mano, preguntó urbanamente á Mollah-Sedec:

—¿Mollah-Nur ha cometido la crueldad de dejar completamente sin dinero á un santo varón como tú? Sin embargo, había yo oído decir que aquél era hombre de conciencia y que rara vez tomaba más de dos rublos á cada viajero.

—¡Dos rublos!... ¡ese judío de Mollah-Nur! Fíate en él y date por dichoso si no te quita los ojos. Ojalá el ángel exterminador le pulverice, y ojalá también vaya á hervir por toda la eternidad en el oro que me ha tomado, aunque yo mismo debiese fundirlo. ¡Pues no quería quitarme hasta mi aba de piel de camello!

—Es verdad, dijeron los ancianos; Mollah-Sedec llegó á nuestro pueblo sin su aba y sólo con su capa, y nosotros hicimos lo que pudimos para proporcionarle nuevos vestidos. ¡Maldito sea ese ladrón de Mollah-Nur!

El viajero de la burca se levantó sonriendo, y sacando de su bolsillo una moneda de oro, se la mostró al lesghiano, á quien dijo:

—Como maldigas á Mollah-Nur del modo que acaban de hacerlo esos honrados sujetos, te ganas este chervoniés.

El lesghiano tendió la mano; pero casi al punto la retiró, y moviendo la cabeza, dijo con acento conmovido:

—No, Mollah-Nur ha ayudado á mi hermano en la desgracia: le ha dado cien rublos; además, en diversas ocasiones ha socorrido á mis compatriotas. No le conozco personalmente, pero si las prendas mora-

les que le adornan. Guarda tu dinero, pues á ningún precio maldeciré á Mollah-Nur. No vendo mis bendiciones ni mis maldiciones.

El viajero dirigió una mirada de admiración al lesghiano y otra de desprecio á Mollah-Sedec, y sacando del bolsillo otras cuatro monedas de oro las juntó á la primera y se las dió todas al pobre lesghiano.

Luego, apoyando una de las manos en el hombro de Mollah-Sedec y levantando la otra por encima de su cabeza, dijo:

—En el cielo existe un Dios verdadero y en la tierra hombres de buena voluntad.

Y recogiendo su burca y echándosela al hombro, se subió sobre su caballo, que estaba arrendado á una argolla empotrada en la pared de la mezquita, y se encaminó al paso hacia el bazar: después de haber atravesado el cual y sin apresurar á su cabalgadura tomó por la calle donde tenía su morada el jefe de policía.

Este funcionario, que estaba cerca de la puerta, rodeado de muchas personas á quienes administraba justicia, era ya de edad avanzada; pero se ennegrecía tan perfectamente la barba, que él mismo se forjaba ilusiones respecto de su edad y creía tener diez años menos de los que sobre él pesaban. Llevaba su churca adornada de galones, ni más ni menos que la de un lechuguino, y como reminiscencia mucho más real de su juventud, tenía aún cuatro esposas y tres queridas, y todas las noches se bebía algunas botellas de vino. En una palabra, como no hubiese llevado anteojos, ni su cutis ostentado más arrugas que una manzana acorchada, ni tenido la barriga como un tonel, pudiera haberse creído, á dar por bueno lo que él de sí mismo decía, que gozaba de una juventud perpetua.

Aquel día, su excelencia estaba de mal humor: se incomodaba con todos los que le rodeaban, y aun levantaba caramillos á los transeuntes.

En este estado de ánimo se encontraba el jefe de policía cuando vió á un viajero que descendía de su caballo y se encaminaba hacia él.

—*¡Salam Aleikum*, Muzaram-Beg! dijo el viajero.

El jefe de policía se estremeció cual si le hubiese picado un escorpión y llevó la mano á su pistola; pero el viajero se inclinó hasta su oído y le dijo:

—Muzaram-Beg, si quieres que te dé un consejo, deja en paz á los antiguos amigos. Por otra parte, he venido en provecho tuyo. Mira, entremos; tengo que decirte una cosa que todo Derbend va á agradecerme. Sin embargo, te advierto que como hagas un movimiento ambiguo, ya sabes que mi pistola encierra una bala y que esta bala va adonde yo quiero, con tanta exactitud como si la colocase con el dedo en vez de hacerlo con la mirada. Así, pues, al primer movimiento hago fuego. Parece que he venido solo, pero no te fies: una docena de mis valientes me guardan las espaldas y á mi primer llamamiento correrán en mi defensa. Ea, muéstrame el camino.

El jefe de policía pasó el primero sin hacer objeción alguna.

¿Qué pasó entre Muzaram-Beg y el viajero? La entrevista fué secreta y, por lo tanto, nadie puede decirlo.

Lo único que se sabe es que un cuarto de hora después de haber entrado, el desconocido salió, se subió tranquilamente sobre su caballo, echó un rublo de plata al núquer que sostuviera la brida, y se alejó de Derbend.

Hasta dos días después nadie supo que el célebre bandido Mollah-Nur había tenido la audacia de atravesar la ciudad, y que, gracias á su celo, el jefe de policía, advertido de su paso, había mandado en su persecución doce núqueres á los cuales Mollah-Nur se contentó con mostrar las grupas de sus caballos.

Las gentes mal educadas hablaban por modo dis-

tinto y mucho más grave; pero á éstas no hay que darles crédito alguno.

Mientras, el pobre Iscánder iba entristeciéndose más y más entre las cuatro paredes de su casa. Bastábale decir una palabra para patentizar su inocencia; pero hubiera preferido mil muertes antes que deshonrar á Casima.

La espera de la sentencia es un infierno para los asiáticos; prefieren éstos un suplicio injusto á un fallo merecido si éste tarda en publicarse.

—¡Ahl exclamaba el joven en su impaciencia, antes me sujeten á perpetuidad con grillos y cadenas ó me condenen á los hielos de Siberia, que arrostrar las sospechas de los rusos, que me obligan á quererles, y las burlas de mis paisanos, á quienes detesto. Morir al filo del sable, lo acepto; pero ahorcado, es morir dos veces.

Y, prisionero bajo palabra, rugía dando saltos como tigre en su jaula, desgarraba las mangas de su churca y lloraba como un niño.

Una noche, á la hora en que todas las calles de la ciudad estaban solitarias, en que las casas se animaban con el ruido de las voces y el brillo de las luces; mientras el musulmán casado disfrutaba del reposo del alma al lado de la esposa única ó de las cuatro que el profeta le permitía, y el célibe se contristaba junto á su hogar, Iscánder, arrimado al suyo, con la cabeza sepultada entre las manos, oyó cómo uno de los cristales de su ventana volaba hecho pedazos al choque de un cuerpo duro, y cómo este objeto caía en su aposento.

Era un guijarro envuelto en un papel, y el papel un billete, que el joven desdobló y vió que decía:

«Mollah-Nur á Iscánder, salud. Créeme, vale más que estés cautivo siendo inocente, que no en libertad culpado.

»Todo lo sé, y haré cuanto humanamente es posible para que proclamen tu inocencia.

»Lo demás está en las manos de Alá.

»Paciencia y esperanza; pronto estarás libre.»

Al día siguiente, Iscánder fué llamado á comparecer ante el gobernador; pero todavía no había llegado á casa de éste y ya todos los que encontraba al paso le daban la enhorabuena por el feliz término de su causa.

Los bandidos habían caído en poder de la justicia en el instante en que, reunidos en Bactiara, se repartían el botín.

Dos eran lesghianos y otros dos de Derbend.

En la morada de uno de estos últimos y entre dos paredes estaban escondidos los objetos robados.

Iscánder, pues, resultó inocente á todas luces.

Entonces el joven, á su vez, profundamente conmovido ante las atenciones de que le rodeara el gobernador, solicitó una entrevista particular con éste, y le contó por menudo su amor por Casima y el incumplimiento de Festahli.

El gobernador le escuchó entre risueño y triste, y luego que Iscánder hubo terminado, le dijo con acento cariñoso:

—Por ti mismo ves adónde conduce una imprudencia. Festahli ha faltado á su palabra, enhorabuena; pero no debemos vengarnos de un mentiroso engañándonos á nosotros mismos. Sólo el robo de dinero es considerado tal: un hombre honrado no hace nada tenebrosamente. El secreto y la noche son el manto de los ladrones y de los bandidos. Tu dicha futura está en tu corazón, y yo haré cuanto esté en mí para que de tu corazón pase á tu vida. Adiós, Iscánder. En nombre de aquellos que te llevan cariño, consérvate tal cual eres y lo que has corrido riesgo de dejar de ser, un hombre honrado.

Y estrechándole afectuosamente la mano, le reiteró sus deseos de verle venturoso.

Patentizada la inocencia de Iscánder, éste quedó libre; pero la alegría que le proporcionó esta doble dicha sólo duró un instante. ¡Era tan triste para el joven pensar que debía renunciar para siempre á su querida Casima!

El beso que robara á los labios de la doncella le repercutía á cada instante en lo más íntimo del corazón; le traía á la mente, con todos sus ápices, el último encuentro con su amada. ¡Ah! al recordar la meliflua voz de ésta, su alma, convertida en eco de la misma, parecía querer abandonarle el cuerpo.

—¡Ah! decía entre sí Iscánder, Mollah-Nur me ha escrito una necedad, y cuanto á lo que el gobernador me ha dicho, se ve claramente que no está enamorado. Pronto estoy á comprar á Casima aunque sea al precio de un crimen, pese al cual estoy seguro de vivir dichoso con ella aunque me viese constreñido á llevármela mal su grado á la montaña. No sea sino por una hora, la robaré: quiero saturar mi corazón de las felicidades del cielo.

Por su parte, á la desventurada Casima la corroía también la tristeza. ¡Ay! en su soledad y á costa de sus lágrimas aprendió á contar las eternas horas de la separación.

—A mi pecho se prendió una rosa, decía la doncella, y murmuró: «Soy la primavera»; un ruiseñor me cantó su himno de amor y le apellidé *el regocijo*; Iscánder me miró y me dió un beso, y con el beso conocí el amor. Pero ¿dónde estás, bella rosa? ¿dónde, tú, mi ruiseñor querido? ¿y tú, Iscánder mío? ¡Ah! todos están donde voló mi dicha.

## XIII

### El molinero

Por si lo ignoras, lector, te diré que el Tengua es, cuándo arroyo, ora un torrente, ya un riachuelo, y á las veces caudaloso río.

Durante un cuarto de versta corre prisionero por una caverna cuyas paredes le oprimen y en la cual se precipita con horror y la atraviesa con rabia.

Las tempestades de muchos siglos no han conseguido lavar las paredes, entre las que aúlla el Tengua, de las negras manchas del fuego.

Peñas enteras, derrumbadas de la cúspide de la montaña al fondo del abismo, se han convertido en el lecho sobre el cual espumea aquél y salta furioso y atronador.

Los alrededores de aquel antro son salvajes y sombríos; su entrada, pavorosa.

Las peñas de la margen derecha del torrente

asombran el valle hasta gran distancia, mientras en la orilla izquierda lame las turbulentas aguas un angosto sendero que primeramente atraviesa un bosquecillo.

¡Ay del jinete que, sin guía, se expone á entrar en lucha con aquel infierno líquido, sobre todo en la época del deshielo ó cuando se derrite la nieve! ¡Ay de él como se encuentre con bandidos en aquel sitio, que no parece sino preparado ex profeso para una emboscada! La defensa y la huida son imposibles.

En dicho lugar fué donde Mollah-Nur, del libro de cuya existencia arrancamos una página, detuvo, con doce compañeros suyos, á tres regimientos que cargados de botín regresaban de la expedición del general Pankratief.

Cuando dichos regimientos se preparaban á vadear el río, Mollah-Nur se presentó ante ellos armado de punta en blanco y jinete en su caballo, y arrojando al suelo su burca, dijo:

—Compañeros, os saludo. Alá os ha concedido la victoria y el botín. Loor á vosotros, pero sería de buenos cristianos como sois, hacerme participar de vuestra alegría. No exijo, ruego: sed condescendientes, dándome cada uno de vosotros lo que quiera. Calculad, hermanos, que regresáis ricos y lleváis regalos á vuestras familias. Yo estoy pobre, no tengo hogar, y por un instante de reposo en el hogar ajeno, doy un puñado de oro. Sin embargo, quiero que sepáis, hermanos, que los hombres me han despojado traídoramente de cuanto poseía. Por fortuna Alá me dejó el ardimiento, y además me ha dado esas cavernas sombrías y esas peñas escuetas que tanto desprecio os inspiran, de las cuales soy el rey y por las que nadie pasa sin autorización mía. Vosotros sois muchos y valientes; pero si queréis pasar á la fuerza, perderéis mucha sangre y más tiempo todavía; porque no lo lograréis sino cuando yo y los míos habremos sucumbido. Cada piedra combatirá por mí, y yo

mismo derramaré aquí hasta la última gota de mi sangre y quemaré hasta el último cartucho. Elegid; vosotros tenéis mucho que perder, yo nada. Me llamo luz (1); pero os juro que mi existencia es más triste que las tinieblas.

En las filas de los soldados se levantó un murmullo; algunos fruncieron el cejo, y otros se indignaron abiertamente.

—Hollaremos á Mollah-Nur con los cascos de nuestros caballos, dijeron estos últimos, y pasaremos por encima de su cuerpo. Ve cuántos somos y cuántos sois ¡A ellos!

Pero nadie se arriesgó el primero en la bramadora corriente, cuyo vado defendían los fusiles de los doce bandidos.

El ardimiento abrió paso á la reflexión, y los tres regimientos se sometieron á las exigencias de Mollah-Nur.

—Te damos lo que queremos darte y nada más, dijeron.

Y mientras iban pasando, cada jinete echó algún dinero en la burca del bandido.

—Pero advierte que á la fuerza no nos hubieras tomado ni un clavo de las herraduras de nuestros caballos.

Y uno á uno iban pasando por delante de Mollah-Nur, el cual les saludaba sonriendo.

—Por Alá, decía el bandolero después de este lance que le produjera tres ó cuatro mil rublos, no es tan difícil como eso tundir la lana de los carneros del Daghestán, cuando yo he afeitado los pelos de los lobos del Carabac. No sé por qué se quejan de la cosecha esos daghestanos; yo no me tomo el trabajo de sembrar, ni el de cultivar y rastrillar la tierra, sino que me planto en medio del camino, ruego y recojo

(1) En tátar, nur significa luz.



cosecha abundantísima. Es menester despabilarse; de hacerlo así, no de cada coche, sino del cañón de cada fusil recogeremos una abasa.

Empero al principio del verano del año en que ocurrieron los acontecimientos que estamos narrando, nadie había visto á Mollah-Nur ni oído hablar de él en las márgenes del Tengua. ¿Dónde estaba el famoso bandolero? Tal vez en el gobierno de Chequina, quizás en Persia, donde pudo muy bien haberse visto obligado á refugiarse; acaso estaba muerto.

Nadie sabía pizca, ni Mollah-Sedec, que suponía haber sido desbalijado por él durante su viaje de Persia á Derbend.

El honrado y respetable Mollah-Sedec había salido de Cubán por la madrugada, y al mediodía llegado al sitio donde el Tengua, libre de las cadenas de la caverna, recobra su libertad. Avaro como las arenas del desierto, el santo varón no había querido tomar un guía al cual hubiera debido recompensar con algunas de las monedas que en Derbend cosechara á celemines.

El sol de junio calentaba horriblemente, y nuestro mollah viajero no hacía sino pasar su fusil del hombro izquierdo al derecho y viceversa.

Cuando Sedec divisó á lo lejos el bosquecillo, no cupo en sí de alegría; pero tan pronto se encontró junto al río, estuvo en un tris como no se desesperó.

Nunca las aguas del Tengua habían corrido tan abundantes, atronadoras y enfurecidas.

—Lléveme el diablo, murmuró; aunque en lugar de peñas este río hubiese arrastrado plata y oro, de saber yo lo que era no me habría arriesgado á vadearlo sin guía. En verdad, he sido un necio de no haber tomado uno.

Y mientras decía para sí estas palabras, Mollah-Sedec tendía en torno suyo una mirada de terror: los alrededores estaban solitarios y silenciosos.

Con todo, como fijase con más insistencia la aten-

ción, el mollah descubrió, arrendado á uno de los árboles del bosque, un caballo completamente enjaezado, y debajo del indicado árbol, un tábaro que estaba almorzando, el cual llevaba por toda defensa un candjjar, arma sin la que nunca sale un hijo de aquella tierra.

Mollah-Sedec se acercó poquito á poco y miró atentamente.

La harina que blanqueaba el traje y la barba del tábaro indicaba que éste era molinero.

Sedec, que por un instante sintiera alborotársele el corazón, se tranquilizó, y gritó al desconocido:

—¡Eh! ¡amigo! ¿eres de esta tierra?

—Sí soy, respondió el molinero con la boca llena.

—¿Así conocerás todos los vados de este río?

—¡Yo lo creo! como que el Tengua no corre sin mi permiso. Ahí donde le ves, ese río es mi criado.

—Pues puedes prestarme un gran favor, y Alá te bendecirá si me conduces allende la caverna.

—Aguarda hasta la noche, repuso tranquilamente el molinero. De aquí á entonces las aguas habrán bajado de nivel, mi caballo estará descansado, y yo también, y en un cuarto de hora atravesaremos la caverna; ahora es sumamente peligroso.

—¡Por Alá! ¡por Ali y Huseín! ¡por mis oraciones! soy mollah, condúceme sin perder instante, ahora mismo.

—¡Alto! ¡alto! nada pueden en esto las oraciones, dijo el molinero. Corriendo desbordado como ahora corre, no seré yo quien me atreva á vadear el Tengua.

—Apíadate de mí, amigo mío; Alá te recompensará, no lo dudes, si haces algo por un mollah.

—Serás tan mollah como quieras, pero no deseo arriesgarme á perecer ahogado, aunque fuese para conducir al profeta en carne y hueso.

—No me desprecies; mira que tal vez no soy tan pobre como imaginas, y si me sirves no será en balde.

El molinero sonrió, se rascó las barbas y preguntó con cierto retintín:

—Y ¿qué vas á darme?

—Dos abasas (1); me parece que estoy razonable.

—¡Yal ¿conque dos abasas? no me bastarían ni para echar unas herraduras á mi caballo. Ni por dos rublos te conduciría; porque con dos rublos no puede uno comprarse una cabeza, y ella corre grandísimo riesgo en ese terrible paso.

El molinero y el mollah regatearon largo tiempo, hasta que por fin éste se avino á las exigencias de aquél.

Mollah-Sedec se rindió á discreción y se entregó del todo á la experiencia de su conductor, desde el punto en que éste se apoderó de las riendas de su caballo.

El santo varón por poco se muere de miedo cuando empezó á atravesar el río y á internarse en la caverna; pero tan pronto comenzó á vislumbrar, al través de la boca opuesta, el valle cubierto de hierba, de sol y de flores, reanimóse, y creyendo que ya nada tenía que temer, dijo á su conductor:

—Ea, ¿quieres apresurar el paso, tunante?

Nuestro valiente mollah, empero, recobraba los bríos demasiado pronto, pues donde el río se desliza más profundo y ofrece más peligros, es al final del vado.

El guía se detuvo exactamente en el indicado sitio, y haciendo volver grupas á su caballo, contestó:

—No te falta dar sino diez pasos para alcanzar la orilla. Ahora liquidemos nuestras cuentas. Ya ves que me he ganado la moneda de oro.

—¡Cómo una moneda de oro! me parece que tienes la conciencia muy ancha. ¡Bah! te estás bromeando. ¡Digo! ni que me hubiese hecho construir

(1) Poco más ó menos Ptas. 1'80.

un puente de plata. Ea, sigue adelante, sigue, y una vez en la orilla opuesta te doy dos abasas y te vas tan campante.

—Otro trato más ventajoso para mí habíamos estipulado.

—Lo sé; pero la necesidad... Me has puesto el puñal á la garganta, y como no me cabía sino pasar... ¿Dónde has visto tú que un pobre viajero traiga tanto dinero consigo? ¡Ay de mí! ¡me han robado tanto ya! Ea, condúceme á la otra margen, y una vez en ella, tú te encaminarás á tus negocios y yo á los míos.

—No por mi vida, repuso el molinero meneando la cabeza. He dicho y te lo repito que no me muevo de aquí sin liquidar cuentas contigo, y tus cuentas no parten de hoy. ¡Ah! Mollah-Sedec, no tienes conciencia, pero indudablemente no careces de memoria. Para inspirar más compasión y lograr más dinero, en Derbend, has inventado que Mollah-Nur te había detenido y robado cuanto traías contigo. Dime, ¿dónde ocurrió el lance?

—Nunca he dicho lo que me imputas, exclamó Mollah-Sedec, y Alá me castigue si tal han proferido mis labios.

—Acuérdate del patio de la mezquita, Sedec; trae á la mente lo que dijiste al lesghiano y contaste al viajero que estaba durmiendo sobre su burca. Ahora mirame como yo te estoy mirando, es decir frente á frente, y tal vez nos conoceremos.

Mollah-Sedec fijó los ojos en su guía; el cual, bajo la capa de harina que le cubría, al principio estaba desconocido; pero la harina había desaparecido, y poco á poco convertídosele de blanca en negra la barba; demás, los ojos, negros como el azabache, le despedían fuego. El santo varón, sin embargo, al ver que aquél no llevaba más arma que un puñal, empuñó su fusil, pero antes que lo hubiese amartillado, sintió al pecho la punta del candjiar del guía.

—Si mueves un solo pelo de tu bigote, dijo el fin-

gido molinero, cual nuevo Jonás te vas á ir á predicar á los peces que no beban vino ni aguardiente. Ea, arroja fusil y sable. Tu oficio consiste en engañar al prójimo en las tiendas y en el púlpito; en mentir por la mañana, por la tarde y siempre. Deja el luchar para los valientes. ¡No te menees, te digo, hijo de Belcebú! Aquí no necesito quemar ni un cartucho de pólvora; ahí por qué no he tomado arma de fuego; con sólo soltar la brida de tu caballo, dentro de cinco minutos eres hombre muerto.

Al oír estas palabras, Mollah-Sedec se puso pálido como la cera y se asió de las crines de su caballo para no caerse de la silla; pero no por esto perdió de vista el candjiar maldito que, semejante á un rayo, brillaba sobre su pecho.

—¡Perdóname, soy mollah! exclamó Sedec.

—También yo lo soy, replicó el guía, y aun más: soy Mollah-Nur.

El avaro dió un grito y cayó sobre la crin de su caballo, aferrándose con ambas manos al cuello de éste, como si ya sintiese en su nuca el cortante filo del acero.

Mollah-Nur se rió del terror de Sedec, y luego continuó:

—Con lo que has contado en Derbend, me has deshonrado á los ojos de sus moradores; has dado á entender á todos que te había robado hasta tu último copec y que ni aun camisa te dejé, siendo así que doy al necesitado el pedazo de pan que inútilmente ha mendigado á la puerta del rico, y de los mercaderes mismos no tomo nunca sino una moneda de oro, y aun no para mí, sino para mis compañeros; los cuales, de no sujetarles yo, robarían y matarían sin empacho. Pero ¿á qué emplear tales palabras? el ladrón eres tú, pues has querido robar á tu guía negándole lo que le prometieras; el asesino eres tú, pues cuando te he reclamado lo que legítimamente era mío, has querido asesinarme.

—Apiádate de mí, perdóname, buen Mollah-Nur, gimio Sedec.

—¿Te has apiadado tú acaso alguna vez del menesteroso á quien veías perecer de hambre? ¿Te hubiera remordido por ventura la conciencia si me hubieses matado? No, pues eres un miserable. Cada letra del Corán te ha servido para acuñar moneda, y en interés tuyo y para tu provecho no has tenido escrúpulo de introducir la desunión en las familias. ¡Ah! ya te conocía; sabía quién eras, y sin embargo no te he tocado en un pelo de la ropa cuando al encaminarte á Derbend pasaste por aquí. No, tú no me viste, no te encontraste conmigo, y no obstante no conocerme me has insultado. Pues bien, ahora no vas á mentir al contar que te he robado. Ea, suelta el dinero que traes encima.

Mollah-Sedec dió grandes voces y derramó lágrimas como garbanzos; pero estaba cogido y no le cupo sino ceder. Fué echando, pues, uno á uno sus rublos en el saco que le tendía Mollah-Nur, aunque apretándolos antes entre los dedos, como en señal de triste despedida y cual si debiesen dejarle la piel untada con aceite de plata.

—No traigo más, dijo Sedec al llegar al último rublo.

—¿Vas á estar mintiendo hasta la tumba? dijo con voz de trueno Mollah-Nur. Oye, si no quieres entablar relaciones más íntimas con mi puñal, echa más bien las cuentas. Todavía traes un buen puñado de oro en el bolsillo interior de tu chusca: mil quinientos rublos; ya ves que estoy enterado.

Sedec se deshizo en lamentos, pero mal su grado no le cupo sino aflojar hasta la última moneda de oro.

Entonces Mollah-Nur condujo á Sedec á la tan deseada margen del río, y en ella le hizo bajar de su caballo.

Mollah-Sedec creía haber liquidado sus cuentas con el bandido, pero se equivocaba.

—Ahora, repuso este último, vamos á otro asunto; has impedido el casamiento de Iscánder, y te toca reparar lo que has destruído. En el cinto traes un tintero: escribe, pues, á Hadji Festahli que durante el camino has recibido una carta de tu hermano, en la cual éste te dice que su hijo no quiere casarse y ha partido en peregrinación á la Meca; ó si no, que está muerto, si así te cuadra. ¡Qué diablos! el mentir no debe darte empacho. Nada, nada, compóntelas de modo que Iscánder case con su prometida. De no, yo soy quien voy á casarte á ti, y con las huries.

—¡Nunca! ¡nunca! exclamó Mollah-Sedec. No y mil veces no. Me has tomado cuanto traía conmigo; conténtate con ello.

—¿Estas tenemos? dijo Mollah-Nur.

Y dió tres palmadas, á cuya señal aparecieron, cual si los hubiese vomitado la tierra, hasta una docena de bandidos.

—El respetable Mollah-Sedec desea escribir, les dijo Nur; ayúdadle en tan laudable propósito, amigos.

En un instante Sedec, si tal era su intención, no tuvo nada que desear. Uno de los bandidos le quitó del cinto su tintero, otro mojó la pluma en la tinta, un tercero le ofreció papel, y por último, otro apoyó las manos en las rodillas y bajando los hombros se volvió de espaldas para que le sirviesen de pupitre.

Por tres veces empezó á escribir Mollah-Sedec; pero fuese error ó mala voluntad, se detuvo otras tantas.

—¿Cómo está eso? preguntó Mollah-Nur con voz tanto más amenazadora cuanto parecía del todo tranquila.

—Esta tinta es mala; demás, tengo la cabeza tan turbada, que no acierto á escribir una letra.

—Escribe con tu sangre y medita con tu papac, dijo Mollah-Nur haciendo brillar de nuevo el terrible candijar; pero escribe pronto; de lo contrario te estampo un punto tal entre ceja y ceja que sólo el dia-

blo será capaz de decir á qué letra del alfabeto te pareces.

Mollah-Sedec comprendió que sus vacilaciones habían ya durado bastante tiempo, y por fin se decidió á escribir.

—Ahora imprime tu sello, le dijo Mollah-Nur una vez terminada la carta.

Sedec obedeció.

—¡Bravo! repuso el bandido, ahora dame acá la carta; yo me encargo de echarla al buzón.

Mollah-Nur tomó la carta, se aseguró de que estaba cual su deseo, se la metió en el bolsillo, y luego, arrojando á los pies de Sedec cuanto le tomara, le dijo:

—Ahí tu dinero, tómale, no falta ni un copec. Y ahora dime, ¿quién de los dos es avaro ó ladrón? ¡Respondel! Sin embargo, no es un dón lo que te hago, sino un pago. En Derbend has manchado mi nombre, pero debes realzarlo en la mezquita de Chumaca. Vé, pues; pero te advierto que si no cumples mis órdenes, por escondido que estés te hallará una bala mía. Ya has podido convencerte de que lo sé todo, como te probaré que todo lo puedo.

Mollah-Sedec se comprometió á cuanto le exigió el bandido, recogió con gozo íntimo su dinero, se lo metió de nuevo en sus bolsillos, después de asegurarse de que éstos no estaban agujereados, y subiéndose otra vez sobre su caballo, partió á galope tendido.

Dos días después, Sedec escandalizaba á los moradores de Chumaca con un sermón en elogio de Mollah-Nur, á quien comparó con un león que alimentase en su pecho el corazón de una paloma.

## XIV

### Conclusión

Probablemente la carta que Sedec escribiera á su amigo Festahli no dejaba á éste esperanza alguna respecto del matrimonio con el cual había contado, pues una semana después de haber llegado á su destino la mencionada carta, una noche se oyeron música y cantos por las calles de Derbend: era que conducían á Casima á la morada de su prometido Iscánder.

Todo Derbend seguía á la novia, voceando y aclamándola, mientras en todas las azoteas, y vívidos cual cohetes, brillaban fogonazos de fusil.

Derbend en peso se regocijaba en la dicha de Iscánder; el cual, al oír aquel ruido y aquella música, se había acercado multitud de veces á la puerta, sin atreverse nunca á abrirla por vedárselo la costumbre.

Por fin y al llegar el cortejo casi al umbral de su

morada, se animó á entreabrir la puerta y sacar por ella la cabeza, cuando vió un jinete que le tendía la mano al tiempo que le decía:

—Alá te conceda toda la dicha que te deseo, Iscánder.

Y al instante hizo volver grupas á su caballo para no quedar cogido entre la muchedumbre.

Sin embargo, el jinete, al efectuar la maniobra para alejarse, se encontró frente á frente con Yusuf, quien, como es natural, era el primer doncel de boda de Iscánder.

Yusuf-Beg conoció al jinete y no pudo menos de proferir un grito de terror.

—¡Mollah-Nur! exclamó.

Fácil es de adivinar la turbación que este nombre introdujo en la fiesta.

El grito de «¡Mollah-Nur! ¡Mollah-Nur!» resonó por todos los ámbitos de la ciudad.

—¡Por aquí! ¡por allí! ¡cogedle! ¡que no se escape! aullaban á una diez mil voces.

Pero Mollah-Nur había escapado con la rapidez del relámpago.

Todos los mozos que seguían á caballo el cortejo de la novia se precipitaron en persecución del bandido.

Mollah-Nur no corría, volaba por las calles de Derbend, y en medio de la obscuridad no se veían sino las chispas que los cascos de su caballo hacían saltar de las piedras.

Empero como las puertas de la ciudad estaban cerradas, el bandido no podía salir de ella.

Repetidos fusilazos iluminaron la carrera del fugitivo; el cual se dirigía hacia el mar, hacia el mar, donde debía encontrarse cogido entre las murallas y el agua.

Mollah-Nur se detuvo espacio de un segundo: el mar estaba alborotado; las olas se estrellaban furiosas en la playa y volaban deshechas en espuma, y desde lejos se oía su bramido.

—¡Está acorralado! ¡es nuestro! ¡muera Mollah-Nur! gritaron sus perseguidores.

El bandido hizo silbar su látigo, y su corcel se precipitó, desde lo alto de la roca en que por un instante se detuviera, en medio de las olas.

Los que perseguían al fugitivo se detuvieron cuando las aguas del Caspio mojaron los remos de sus caballos, y llevando las manos á los ojos para recoger algunos átomos de luz y ensayar de sondear las tinieblas, exclamaron:

—¡Está perdido, ahogado, muerto!

A estos gritos, una formidable carcajada y un hurra proferido por una docena de voces, desde un islote que surge á un cuarto de versta de Derbend, anunciaron á los contrariados perseguidores que no sólo Mollah-Nur estaba salvado, sino que se encontraba en medio de sus compañeros.

Las puertas de la morada de Iscánder están bien cerradas; en su aposento todo está tranquilo; apenas se oye en él un leve cuchicheo.

La alegría busca el estruendo: la dicha gusta del silencio y la soledad.

FIN

*Traducción de* LUIS CALVO